BALCON



EL MANDO SOCIAL

El término "organismo" referido a la sociedad humana, sugiere involuntariamente tantas connotaciones naturalistas perimidas que, en un primer momento, un sentimiento de rechazo no deja de insinuarse en nuestro ánimo. Sin embargo, empleado con cautela, usado de modo tal que su adscripción a una falsa sociología positivista resulte claramente desvanecida, su valor analógico o, mejor, metafórico, consérvase intacto. No veamos, por lo tanto, la sociedad humana como un superorganismo de idéntica naturaleza biológica a la de los seres vivos, sino a los organismos vivientes como justa imagen, como símbolo de la sociedad de los hombres.

Hecha la anterior salvedad y descartado el peligro de una asimilación unívoca, esto es, de la identificación de sociedad y organismo viviente, no creemos que haya término más expresivo de la vida en común de los hombres que el arriba apuntado. Con lo cual queremos significar que la sociedad humana tiene una estructura propia, una rigurosa trabazón jerárquica en sus funciones y energías específicas.

Ahora bien, la regular marcha de tales energías y funciones, condiciona y fundamenta con carácter necesario y previo todas, absolutamente todas, las formas de vida que luego se dan en el recinto societario. Lógica y cronológicamente, sólo a partir de una salud social vigorosa son posibles el Estado, la Economía y la Cultura. Y ocurre con más frecuencia de lo que suele pensarse, que las crisis que comienzan por lo económico, lo político o lo cultural, acaban siendo, cuando persisten y se agudizan, crisis sociales. Es que, no obstante apariencias en contrario, sus causas profundas arraigaban en lo social debilitado.

Con antelación, pues, a la ingerencia del Estado y del Derecho —a las leyes y normas obligatoriamente impuestas por y desde el poder público— es preciso que la sociedad, como tal sociedad, configure y distribuya sus funciones específicas según un orden concreto de valores y fines; según una relación de jerarquía entre los distintos y muchas veces contrapuestos valores, que la vida humana segrega a lo largo de su itinerario social.

En el hilo de una consideración como la que antecede adquiere sentido y claridad —así lo esperamos al menos— la noción y la función de las clases dirigentes. Con prioridad a la pregunta de qué títulos, de qué DERECHO *tiene tal o cual grupo para asignarse supremacía sobre los demás, hállase el* HECHO *de que en una sociedad bien constituida, en una sociedad sana, espontáneamente existen unos hombres —unos hombres portadores de más altos valores que sus restantes compañeros de especie— que deben mandar, que es necesario que manden.*

En la Argentina padecemos, hace ya, por lo menos, treinta años, una crisis social. La vieja clase dirigente que mandó en el país hasta 1916, no ha sido reemplazada. Desde esa fecha, la Argentina, a la cual una obstinada estrella favorable no ha dejado de asistir, anda a los tumbos y sin saber a qué atenerse entre las rutas limpias y claras que esa estrella le indica. Es que mientras no llevemos a cabo —con la generosidad y la lucidez que tal tarea requiere— la reinstauración en nuestra sociedad de una escala jerárquica de valores, —valores que son de la más variada índole, que van desde los del trabajo material hasta los del lujo y el refinamiento, pasando por los intelectuales y científicos y que no andan sueltos, que no son abstractos sino que se dan en unos hombres, en unos grupos de hombres, o no se dan— nada con efectiva vigencia y arraigo hemos de lograr, logrará el poder público.

Ortega, con su infalible dar en el blanco, decía, a este propósito, alguna vez: "Ahora bien: el error habitual, inveterado, en la elección de personas, la preferencia reiterada de lo ruin a lo selecto, es el síntoma más evidente de que no se quiere en verdad hacer nada, emprender nada, crear nada que perviva luego por sí mismo. Cuando se tiene el corazón lleno de un alto empeño, se acaba siempre por buscar los hombres más capaces de ejecutarlo".

BALCÓN.

S U M A R I O

E S Q U E M A   S O B R E   E L

A modo de epígrafe

El presente artículo se redactó, apenas verificadas las elecciones nacionales, con intención de que sirviera de reseña discursiva o conceptual, con destino a un público imaginario que fuere ajeno a la peripecia argentina.

Ahora, desvanecido sin que lo pudiera ubicar en parte propicia el imaginario público, me encuentro con un trabajo de aire medio cejijunto y de empacada prosa hecha a tirones, desprovisto del entusiasmo que el tema, por su cuenta, y la amenidad, de suyo, requieren; héme aquí, pues, con esto escrito, con esto que, enderezado a nuestro público, como reseña, no lo es y en cuanto a conceptos, carece ¡ay! precisamente de aliento discursivo. En este último sentido sobre todo, me encierro con distingos entre lo social y lo político y hasta en una terminología que suponen estimaciones previas no desenvueltas.

No obstante, habida cuenta de ello, entrego ahora el texto, primero, porque tal cual me salió entonces no lo juzgo dañino ni imprudente y en seguida, porque acaso sea útil se confronten algunas de sus connotaciones que no sabría verter otra vez, de otra manera. Al lector de BALCON encarezco estas preliminares excusas puestas al amparo de la confianza que a su revista dispensa.

Esquema sobre el presente argentino

La hechura política no está informada, carece de definida formalidad. Por un movimiento que tomó impulso en la circunstancia, que hizo suya la ocasión y que andando descubrió la librería de las reivindicaciones sociales, fué derruído el otro régimen. Pero el otro viejo régimen tenía, caduca y todo, forma heredada y esa forma le imprimió carácter. Su liberalismo —no de medios, ya no de fines— era a semejante altura del crecimiento material del Estado una consideración abstracta en descalabro, mas, también algo que lo definía haciéndolo poseedor de una tópica completa y adscribiéndolo a tales ideologías. En el puesto de las ideologías, el mando revolucionario —y por ahí no lo parece— no ha colocado nada; de manera que no se advierte haya en esto solución de continuidad ni si la cartilla cívica de uso será suplantada por otro silabario.

El estado revolucionario está en obra, no está en forma. Huele a fenómeno, *un fenómeno de sinceramiento* con la realidad más realista del país. Se trata, pues, de una realidad que toma —literalmente— Estado por nivelación del Poder con el ambiente. Nuestra cosa pública es, como no lo fué verde coto del sufragio: se mune el 4 de Junio de morrudo espesor mayoritario. Así, el proceso argentino convoca el interés de Suramérica porque a lo Camacho se celebran las bodas de un país oficial con su país real. La celebración resulta atrayente para esas tales soberanías en donde lo de política es una entelequia siempre dispuesta a tergiversar las inclinaciones más veraces. Y doblemente sugestiva aun, en cuanto eleva a rango triunfal el ansia común de autodeterminación ante y contra los Estados Unidos.

Por otra parte, ahora, rima admirable y lamentablemente el Hecho Estado con un colofón democrático. La derrota militar de las naciones-estados fascistas precipitó la amalgama: de donde, la democracia de masas, entenada del liberalismo y ya sin él, después de él por entero Hecho Social, se confunde con el Estado fuerte que desprendido de su concepción política, de su forma propia, también se vuelve Hecho Social. Por lo que, a esta altura la personalidad del dictador importa menos que la impersonalidad del Estado que lo eleva y lo insume.

Es claro, las novedades argentinas, producidas al ocaso de la reacción fascista, muestran más cariz social que impronta política. Además, ocurren mientras los imperativos internacionales nos metían en soledad continental, mientras por primera vez América, toda América, ha podido verse en una sola faz y más pudiente que Europa, no ya dependiente de ella. También aquí, sin duda, como en el mundo entero, cede la política terreno a lo social. El Estado ha crecido pero ha disminuído el acervo político. Desde luego, no es que el acto revolucionario tenga derribada una labor política anterior. No, no, de tiempo atrás lo que en la Argentina connota la cosa pública es precisamente la inanición política. Pero esa lenidad por escasez de dotes o lacería, no impidió estimar la política, si no como actividad, como valor de atribución de modo alto y confiar su cuidado a la presidencia de las formas. Por el contrario, la etapa revolucionaria quizás apareje mayor destreza en la práctica de faenas que son del quehacer político bien que menguada estimación de la política en tanto valor.

Por eso, afluyen en su reemplazo supuestos valores sucedáneos, ora la técnica que *planifica*, ora la ruda práctica y el dinámico amilana al vidente. La revolución es un promover social cuyo toque consiste en ese sinceramiento por el cual el país medio se espeja en el cuerpo público sin que haya esfuerzo por que el Estado simbolice una realidad ascendida, solicite a lo mejor de ella, aspire a ser la verdad mediata, depurada, ennoblecida como a través de una liturgia.

De suerte que la política se ve inundada por un leva de valores útiles y de cuestiones sociales las que, entre paréntesis, no se reducen a la peyorativa cuestión social. A flote sobre la corriente polémica lo que se muestra es la ingerencia de una actividad y de una especie de hombre de acción recién encaramados: la industria y el industrial. A la nueva Argentina se han adscripto esta idiosincrasia, estos protagonistas dadores de empírica energía.

Tan importante, en realidad, como el reconocimiento de la cuestión social por el Estado y como la adquisición de haberes pseudo políticos por las fuerzas sindicales —y en el fondo, tan de la misma jaez— es o puede ser la conquista del dominio económico cumplida por tal tipo de argentino de empresa que sale de nuestra inmensa clase media y se introduce en estratos dirigentes. El poder apreciado como cúmulo de influencias determinantes de la orientación de la comunidad, como sigla de atributos ejemplares, como expresión de *los que pueden más fuera de lo que el Estado puede*, se aproxima insensiblemente a estos hombres nuevos desde los círculos de la derecha consuetudinaria que ha ido cediendo en esfuerzo y perdiendo contactos. Bajo este aspecto, queda ahora encuadrada la revolución de los inmigrantes que, a su guisa, antes de que sedimentase en hechos sociales, expresó el radicalismo pretendiendo asumirla en lo político, donde había de fracasar por su incapacidad de estilo, por su *déficit* en formas. A la postre, no es muy accidental la circunstancia de que fuese el Ejército —entre nosotros lozana cifra de mesocracia— el tajante instrumento de esta Revolución de Junio que sacudió a la cosa pública con mímica violenta.

La clase dirigente o gente conservadora o derecha consuetudinaria que por influencia dominó al país a partir de la Organización durante casi una centuria al menos, pudo haber superado su desgaste —el irreparable ultraje otoñal— si no hubiese antepuesto ningún otro estímulo al de la iniciativa política. Para conservarse, para ser literalmente conservadora, se le exigía de *parte de las cosas* un sentido político activo y creador. Mas al fin de la otra post-



C O R O   D E

No la tortura, ni el fuego que devore la carne.
ni el filo que desgaje la castidad de la azucena,
ni el garfio que a jirones te descarne,
ni siquiera la muerte sobre el leño si la locura de la cruz
te es ajena.

Porque no está nuestra gloria en la crueldad del sufrimiento,
ni en la fortaleza, ni en el valor, ni en la audacia;
todo eso fuera vano si nuestro sacrificio cruento o incruento
no hubiese sido una simple docilidad a la gracia,
un entregarse al soplo de Dios como la hoja a merced del
viento.

(El mal ladrón murió blasfemo al lado de Nuestro Señor,
pero Dimas halló confeso lo que Pedro perdió en el temor.)

¡Ah, qué terrible y qué sencilla fué la muerte! Tú no la
busques temerario;
mas si el Señor te la depara, acéptala como un niño o como
un loco;
aunque te encuentres frente al mundo, frente al demonio
y a la carne solitario,

PRESENTE ARGENTINO

guerra, y con posterioridad al prólogo radical, virtualmente se comprobó ya que toda una condición de argentinos había dejado de ser influyente porque se le habían dormido los pies en el pasado. En el pasado inmediato, es decir, el más anacrónico de los pasados.

No existe, pues, aquí, una clase dirigente con ascendiente social bien reflejado sobre y en el resto. El país saturado de tales excelencias no las admite más de modelo: no responden a la imagen que la nueva Argentina se forja de sí propia. La clase dirigente ha desmejorado casi sin advertirlo, disipándose con ella la posibilidad de una empresa formalmente política. Y no advierte su declive, no sólo porque alejada de su vocación rectora, la falta de roce con el poder político no se le presenta en sus fulminantes consecuencias sino también porque desconoce, a fuer de reducir el conjunto patrio, la proporción actual de sus intereses junto a tantos otros. No hay derecha asumida, autoritaria, segura, en el país y, por ende *no hay a la cima de la revolución, reacción*: inteligencia, formas políticas, sistema de ideas. Los encajes son de izquierda: *política social* implorando o compeliendo en el tradicional terreno de la *política* y, sobre todo, una papilla de hechos varios, amasijo de materias sociales que han de volverse anárquicos o rígidos. Lo que cuadra, por consiguiente, es asumir la posición política para que la revolución no se quede en un trancazo, para que el Estado absorbente, entrometido, no engorde gigánteo, sin meollo, a pulso de hecho bruto como uno más entre otros exponentes de centralización universal; a costa de la inteligencia profética y del artesano bruñir denominados política.

Para calar el momento argentino, se necesita asir este conjunto de estímulos. Tal misma fluidez o estado flúido de nuestra política, en definitiva, importa atonía cultural —cultura deprimida por ausencia de normas o en trance de metamórfosis, de trasmutación. Hasta ahora, sobre nuestras patrias costumbres españolas, sobre nuestras bases y puntos de partida, hemos ido apiñando lo bueno y lo malo del siglo; así logramos, al llegarse la otra guerra una cultura de época, cultura ambiental imbuída de atributos decorativos —finuras y honduras— franceses pero más imbuída de normas inglesas en lo que a influjo sobre el ordinario ritmo de los trabajos y los días— influencia más ejemplar y menos literaria de género masculino, rural se diría, sobre todo. Nuestros hombres dirigentes leyeron mucho en francés bien que jamás adoptaron como moldes de estética conducta ni de organización de la vida, arquetipos de Francia. En cambio, fué la inglesa una inspiración aristocrática que, abstrayendo rubias cerrazones puritanas a favor de la prodigalidad criolla, permitió asimilar un repertorio muy conciso de costumbres prácticas.

De manera que nuestra idiosincrasia tuvo notas más empíricas que aquellas innatas a la hidalguía española. En plena libertad americana, rotos los cabos de la tradición antigua esto sirvió para organizar con mantenido señorío los usos y los gustos del fin de siglo. Nuestra sociedad entonces se daba aires de *tory*, creía en la carrera social del lujo y en los magisterios del refinamiento dispendioso. Y acaso por eso, no formamos en *South América*, somos singulares, no somos sólo provincia, tenemos seguridad metropolitana y no se nos pega la poquedad siempre honorariamente racial de los pueblos sin acceso a los goces civilizados.

Ahora que, semejantes representaciones culturales, vigencias de casta europea, aceptas a una minoría, se hallan hoy desiertas. Y esta vez no en un plano de minorías selectas, esta vez como patrimonio común y dominio eminente de la masa, que así lo reclama la índole de la propulsión, avanzan las velocidades, las idoneidades, las propensiones, las soluciones, las ordenadas y coordenadas de la vida yanqui. Ya no es el caso de unos esmerados usos y gustos escogidos. La propia naturaleza de tamaña influencia determina que ella fecundice o esterilice vastos sectores. En verdad, llega hasta donde las utilerías de la civilización alcanzan. Porque la civilización escindida de lo culto uniforma las humanas superficies, destruye el encanto de las distancias y los misterios de la desigualdad. (La civilización así entrevista, la de segunda mano —apenas la ciencia se atraílla en menesteres aplicados volviéndose mecánica— se entra al campo de los hechos sociales y es no menos que ellos hecho cristalizado).

Y con todo, sin embargo, también es cierto que mientras eso engendra, al mismo tiempo, opera en el país *una conciencia de lo nacional*, cuando menos se prepara él, con buena introspección, a un examen de conciencia. Hasta ahora, por ejemplo, no se habían graduado bien las distintas cotas de nuestros relieves de época. La Argentina gana conciencia de nación en cuanto cobra conciencia de lo que a su cultura pertenece; ya posee historia íntima, ya pose peculio intransferible. Puede reconstruir el entrañable itinerario que conduce al venero, al manantial; puede ahondar tras las raíces del pasado fundador, reconocer las huellas de otras ingerencias y salir al paso del mañana con la seguridad, con la discreta incertidumbre del hombre maduro, de aquél que arriesga de veras.

Pero, bien entendido, la conciencia de cultura que brujulea no pertenece al común, no es hecho cristalizado como esas protuberancias distintas de la civilización. Antes, se encarna en grupos minoritarios que *ni siquiera son clase social* sino solamente grupos sueltos, generaciones solas. Y se da que a tiempo de encuentro con una conciencia de cultura, a punto de comunicación con los universales, no obstante, el país distraído todavía, no se aliña, apenas si escucha el fino diapasón de cultura, como quiera que sólo se difunde lo social, como quiera que los hechos mandan y no prestan su concurso. (Nada más desalmado que el desajuste entre la faz social y la faz culta. La primera es modo de existir, la segunda ya modo de ser; entrambas normalmente empalma, corretea, la política).

Al cabo, nuestra conciencia culta y por culta diestra, se encuentra del todo aislada, sin medios de concitar, sin naturales vertederos políticos, sin buen regazo en la atmósfera. Y si años hace, el tono del país lo imponía la clase social dirigente con su mecenazgo, con su atuendo, con el tributo que rendía a los valores generales de cultura, en todo caso al sentido urbano y vigente de la cultura, hogaño la conciencia culta, más precisa, más estricta, no es patrimonio de clase, sino de cabizbaja facción o —lo que no dista mucho— de generación. De ahí que, falta de altos estamentos desde donde exornar y mostrarse a la comunidad nacional y de formas políticas por donde compenetrarla, corra el riesgo de replegarse o acoquinarse, adolecida, en las facciones que la asisten.

En resumen, y sin moraleja, traslademonos al modo condicional. Porque, en efecto, si el Mayorazgo de la Revolución no aprehendiera que para conducirla al orden después del sinceramiento no será buen camino de salida, la pleitesía al Demos; a su vez, si el tipo de forjador de riquezas, en su carácter de criatura natural de la Argentina no educara su estimativa política; si la derecha no atina a situarse en lo nacional; si todos no alientan al país orgánico vinculando del modo más intenso y menos frondoso y más discreto los intereses de la comu-





M A R T I R E S

una palabra o un silencio bajo el amparo de los ángeles cuestan poco.

Sólo esto somos: Testimonios verdaderos
de la Verdad que algunos vieron encarnada y otros oculta han visto.
Ante la expectación del universo fuimos sinceros
miembros sin tacha de Cristo.

¡Salve, cruz multiforme y única!
Muerte de mártires vivificada en Tu muerte.
Nosotros también disputamos la túnica
y la túnica nos tocó en suerte.

Y pues te confesamos delante del cielo y de los hombres,
Tú nos confiesas en el reino del Padre.
Gozaos y regocijaos, dijiste. Y he aquí que estos pobres nombres.
brillan más rojos que la púrpura en la corona de nuestra Madre.

¡Te martyrum candidatus laudat exercitus!

Miguel Angel Etcheverrigaray

nidad; si luego de acaudillar por descenso no se acaudilla por ascenso, con nítido estilo ejemplar; si no se acude a llenar con segura doctrina el vacío de las ideologías, si no se atiende la depresión universal de que sufre la política con un criterio de seriedad, con lucidez también de propósitos concretos; si a la revolución, realista, naturalista, verídica como una novela con aguardiente de Zola no la abastece la revolución moral, la férrea voluntad de jerarquía *—las formas morales son las mejores reemplazantes de las políticas;* si se otorga mayor valimiento al índice de una opinión que a la opinión misma en coherencia de rasgos orgánicos, de haberes legítimos; mientras no se levante, en fin, sobre la faz del Estado el reflejo de una cultura —precisamente, densidad política— no podrá afirmarse con sentido que la revolución haya encontrado lo que se había perdido, lo que, con tanta prisa, se buscaba.

MARCELO SÁNCHEZ SORONDO



EL PROBLEMA DE LA TIERRA

Si para la realización efectiva de una reforma social es preciso que exista, así en los realizadores y en los afectados como en el pensamiento general, la conciencia del problema que se ataca, no hay duda que en nuestra Argentina el momento es bueno para la ya tan demorada solución del problema agrario.

Productores grandes y chicos, órganos de la prensa de todos los sectores, mandatarios y organismos oficiales; quienes a la ofensiva, quienes a la defensiva; unos radicales, otros moderados; y cada cual con su opinión y solución: todos coinciden, salvo rara excepción, en que existe un problema de la tierra que es necesario resolver.

Las divergencias no surgen, pues, en la admisión del problema sino, más bien, en su definición y en las consiguientes medidas para darle término.

Reconociendo que la cuestión es compleja, intentaremos plantearla en forma elemental, examinando hoy brevemente los principios respectivos de la filosofía social cristiana, para analizar a su luz, en una próxima ocasión, el estado de la tierra en nuestro país y las perspectivas de una política adecuada al respecto.

•

Creemos superada ya entre nosotros la discusión seria del derecho natural de propiedad privada de la tierra. Las formas políticas del marxismo no han logrado aquí predominio para imponer su doctrina económica. Algún intento de georgismo, que no pasó del papel, tuvo existencia más breve que la efímera estancia de su autor al frente del organismo colonizador oficial. Y la orientación colectivista que equivocadamente se ha atribuído a ciertas palabras del mensaje presidencial del 4 de junio último, no es tal, como luego lo veremos.

Pero si la legitimidad y la conveniencia de la propiedad privada de la tierra, y el fundamento del tal derecho en la misma naturaleza, no suscita discrepancias dignas de nota, otra cosa ocurre cuando se trata de la *distribución* de ese derecho, es decir, cuando se trata de determinar quiénes debieran ser, en el orden mán conveniente y deseable, los titulares de aquél. Y sin embargo, en el mismo fundamento natural de la propiedad privada de la tierra encuentra la filosofía social la recta solución.

En términos generales, la distribución de la propiedad debe ser tal que permita a todos los hombres el uso de los bienes de la tierra. "Todo hombre, —dice Pío XII— hereda de la naturaleza el derecho fundamental de hacer uso de los bienes de la tierra..." "El orden natural exige también la propiedad privada", pero ésta "queda subordinada al alcance natural de los bienes materiales y no puede emanciparse del derecho primitivo y fundamental que concede su uso a todos los hombres; más bien debe servir para hacerlo posible". De ahí que ha de evitarse que la propiedad privada "continúe estableciendo condiciones precarias" que impidan ese uso general de los bienes [1].

Para que esa función de la propiedad pueda cumplirse, debe tenderse a que esté distribuída entre número posible de ciudadanos. "Las leyes deben favorecer la propiedad privada —dice León XIII— y procurar, en cuanto sea posible, que sean muchísimos en el pueblo los propietarios. De esto resultarán notables provechos, y en primer lugar será más conforme a equidad la distribución de bienes" [2].

Pero se puede y se debe determinar aún más concretamente en quiénes conviene que radique el derecho de propiedad. Y bien: la doctrina social de la Iglesia no solamente propicia que quien trabaja la tierra llegue a poseerla como suya, sino que funda en esa relación el derecho natural de la propiedad privada. "La propiedad privada es claramente conforme a la naturaleza —expresa en otro lugar de la "Rerum Novarum" el mismo Pontífice—. Porque las cosas que para conservar la vida y más aún para perfeccionarla son necesarias, prodúcelas la tierra, es verdad, con grande abundancia, mas sin el cultivo y cuidado de los hombres no las podría producir. Ahora bien: cuando en preparar estos bienes naturales gasta el hombre la industria de su inteligencia y las fuerzas de su cuerpo, por el mismo hecho se aplica a sí aquella parte de la naturaleza material que cultivó, y en la que dejó impresa una como huella o figura de su propia persona; de modo que no puede menos de ser conforme a la razón que aquella parte la posea el hombre como suya y a nadie, en manera alguna, le sea lícito violar su derecho". "Porque el hombre, cuando trabaja en terreno que sabe que es suyo, lo hace con un afán y un esmero mucho mayores; y aún llega a cobrar un grande amor a la tierra que con sus manos cultiva, prometiéndose sacar de ella no sólo el alimento, sino aún cierta holgura o comodidad para sí y para los suyos" [3].

Esto no significa que el solo trabajo confiera derecho de propiedad sobre el suelo ya legítimamente adquirido por otros [4]. El sentido de estos principios es que debe tenderse a que quienes cultivan la tierra alcancen a ser dueños de la misma, facilitándoseles su adquisición por los medios legítimos.

Hasta aquí, la definición del titular natural de la propiedad, en función de un factor económico: el trabajo. Pero la múltiple variedad, posible en la organización del trabajo dejaba aún indeterminada la identidad social del sujeto que ha de constituir la unidad en una distribución ideal de la propiedad agraria. Y ha sido el actual Pontífice Pío XII, en un documento en el que trata directa y claramente este problema, quien ha proclamado a *la familia* —a cada familia agraria— como la unidad o sujeto a la que debe facilitarse la propiedad de la tierra. No solamente interpreta en esa forma el fundamento natural de la propiedad [5], sino que llega a afirmar que ésta es imprescindible para la perfección social de la familia: "También está en el espíritu de la Rerum Novarum declarar que generalmente sólo esa estabilidad que tiene sus raíces en la propiedad de uno, hace de la familia una vital,

———

(1) Alocución de Pentecostés de 1941, Ed. Club de Lectores, Bs. As., pp. 12-13.

(2) "Rerum Novarum", Ed. Poblet, Bs. As. 1944, Nº 35.

(3) Ibid., Nos. 7 y 35.

(4) Conf. "Quadragesimo Anno", Ed. Poblet, Bs. As. 1944, Nº 25.

(5) "De todos los bienes que pueden ser objeto de propiedad privada, ninguno más de acuerdo con la naturaleza que el de la tierra en la que vive la familia..." Aloc. de Pentecostés de 1941, Ed. cit., p. 18.

(6) Loc. cit.

perfectísima y fecunda célula de la sociedad" ([6]).

En momentos en que en asambleas y prensa se habla tanto de libertad y de espacio vital, Pío XII reclama esos derechos para la familia ante todo, y los concreta en la propiedad, "espacio vital de la familia", que debe "asegurar al padre la saludable libertad que necesita a fin de cumplir los deberes que le han sido asignados por el creador al bienestar físico, espiritual y religioso de la familia" ([7]).

Este concepto de la necesidad de la propiedad privada para una efectiva libertad de la familia, es sostenido fuertemente por Belloc, que desprecia el poder adquisitivo si no va unido a la libertad económica que sólo confiere la propiedad. "Es obvio —dice además— que quien controla los medios de producción, controla la provisión de los bienes. Por lo tanto, si los medios para la producción de los bienes que necesita la familia están bajo el control ajeno, la familia estará bajo la dependencia ajena y no será económicamente libre" ([8]).

Al Estado corresponde establecer las normas para la realización de tal orden de cosas. Si el bien de la familia, es la función —"superior a todas las demás"— de la propiedad privada, las normas del Estado que la regulan deben hacer posible y conservar tal función ([9]).

Hemos querido reunir y recordar estos claros principios, a fin de poder orientar con ellos el estudio de los hechos que constituyen nuestro problema agrario, tan de actualidad y, a nuestro juicio, uno de los más graves que sufre la Argentina.

R. M. B.

([7]) Op. cit., pp. 18 y 17.

([8]) Hilaire Belloc, "The Restoration of Property", Dodd, Mead & Co., pp. 9 y 14.

([9]) Alocución citada, p. 17.

REMOCION DEL AQUERONTE

El cinematógrafo ha concluído por ser una especie de teatro en automóvil, en que el placer desaparece destruído por la rápida sucesión de asuntos, la mezcla de los escenarios, la falta de transición entre temas diversos y aun opuestos y contradictorios. Una pupila que ha estado sometida a una agotadora concentración, en local mal iluminado, sobre caracteres u objetos de fatigante pequeñez y formas imprecisas, necesitada de descanso ha comenzado a gozar el espectáculo de un lago sereno en día luminoso; de pronto ve adelantarse un bosque (como la alarmante floresta de Dunsinania) cuyos árboles parecen echarse encima, mientras el follaje nos castiga el rostro; entretanto, una luz que empezó por ser un punto en el horizonte aumenta velozmente hasta inundar la escena con una intensidad que llega a ser dolorosa, aunque los párpados se hayan cerrado instintivamente. Un efecto semejante causa en la sensibilidad, en los nervios del espectador, la rapidez del desarrollo de las películas, la disparidad de los temas en un solo programa y hasta el tratamiento de ciertos asuntos dramáticos por los estelares directores Alfredo, Frank o René.

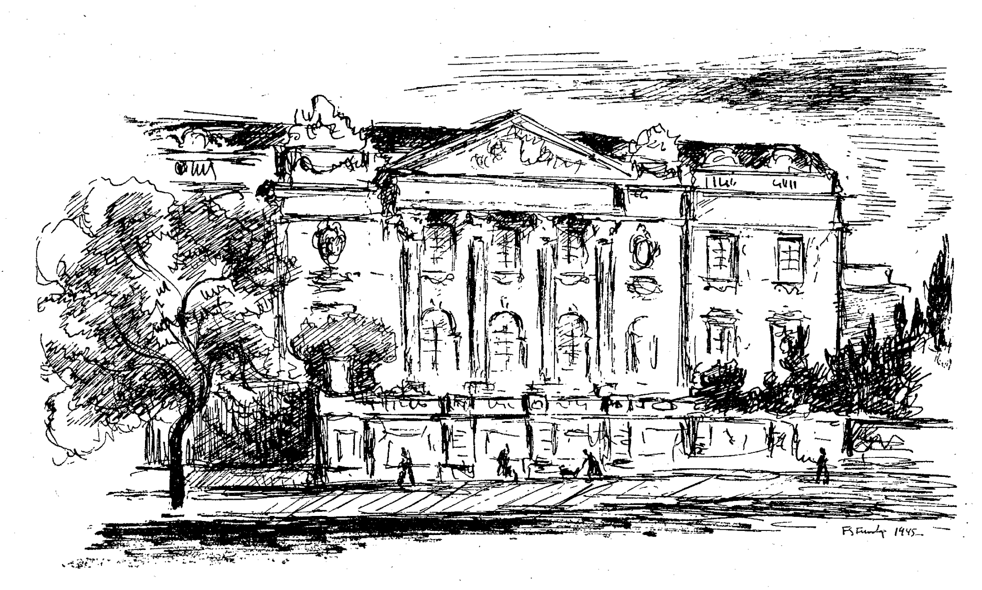
Ya no es éste el espectáculo de diversión al que se iba una vez al mes o cada quincena en épocas que añoramos como normales. Es el estupefaciente que se aspira o se toma cada vez que se puede, con una frecuencia sólo regulada por las demandas del morboso apetito. Aun cuando las producciones fueran aceptables en su mayoría para la cultura popular, todavía sería inconveniente la asiduidad con que la gente va a verlas, estimulada por la increíble cantidad de salas que funcionan en casi todas las horas del día. Y la razón es simple; es antinatural que el entretenimiento, el placer, usurpen el tiempo que pertenece al trabajo necesario o a otras formas menos excitantes del indispensable descanso. A esto se suma el peligro de desequilibrio psíquico. Si los pedagogos de hace algunas décadas llegaron —por cierto que equivocadamente— a repudiar el uso predominante de la memoria en la enseñanza infantil, con motivos mil veces más exactos y poderosos los gobiernos debían poner límites al desorden social que acarrea el predominio de la actividad puramente imaginativa en gran parte del pueblo, determinado por el hábito casi diario del cinematógrafo. La inteligencia, la voluntad y el carácter se enervan en la misma medida en que dejan de ser empleados, en virtud de una ley inexorable de la naturaleza humana.

Estas peculiaridades del cine "in genus" no impiden que pueda presentar, no hay ni qué decirlo, otros peligros más inmediatos. Estamos pensando en algo que parece presentarse como un filón de post-guerra, que los productores se dispusieran a explotar entre cierto público, casualmente entre aquel que, por haber estado sometido a la opresión brutal del ambiente bélico, más necesitado se encuentra de verdadero reposo sensorial, de quietud nerviosa, de vida tranquila, en suma. "Spellbound", de Hitchcock llega hasta nosotros como abriendo el camino.

Ya han dicho comentaristas versados que el psicoanálisis ha hecho varias incursiones a la pantalla. Aunque así sea creo que ahora, especialmente en un cine cargado de experiencia, de poder sugestivo en el depurado arte de los intérpretes y en la belleza de los escenarios, la fuerza comunicativa de los argumentos, de las tesis y hasta de las más indemostradas teorías es simplemente fatal. No importa que la parte puramente científica sea inaprensible para el entendimiento del vulgo. Tampoco las películas conceden mucho espacio a la presentación de lo que sólo interesa a especialistas o estudiosos. Por lo común un buen director no ve, en el más sensacional de los descubrimientos o en la teoría más en boga, otra cosa que un filón explotable para renovar sus argumentos. Para Hitchcock la cuestión del "guilt complex" no tiene otro valor, sin duda, que el de un condimento capaz de provocar la curiosidad. Es hasta probable que su robusta humanidad se ría de esa manera de tratar algunas enfermedades morales de sus contemporáneos. Y estoy persuadido que si el film provocara un repudio franco, lo tiraría al canasto de los ensayos fracasados sin dársele un ardite de la suerte de Freud y toda su escuela.

Pero detrás de la explotación puramente artística del freudismo ¿existe una voluntad de propaganda en personas o entidades innominadas? Es algo que nos parece muy probable. Es lo que ya viene ocurriendo con todas las creaciones de la mentalidad antitradicional, particularmente desde comienzos del siglo XIX, en nombre de la razón y el progreso. Hay que sacar ese aborto de la inteligencia de los límites exclusivamente científicos, donde puede correr el riesgo de morir de inanición por indiferencia, o ser desplazado por otra invención más manejable, o quedar sin más desacreditado como el dogma de la gran histeria y las localizaciones de Charcot, o el "bathybius Haeckeli". Hay que conquistarle "opinión", "sufragios" entre la buena gente y una película es de eficacia mucho más directa que una lectura del "Traumbedentung" del difunto Freud.

Para un espíritu sano "Spellbound", (que significa hechizado, encantado) bajo título español "Cuéntame tu vida", tiene muchos aspectos absurdos si no ridículos, que toda la magia de un hábil discurso no logra disimular. La actual novela policial se ríe de las despampanantes deducciones del antepasado Sherlock Holmes, pero cualquier adolescente con sentido común se sonreirá por fuerza ante la "traumbedentung" a cargo del Dr. Brulov, primero y de Murchison, al final, siempre que la de éste sea una verdadera interpretación y no una mera confesión de su crimen. Además es evidente que el enfermo obseso resulta rehabilitado tanto por el amor de Constance como por la terapéutica de "défoulement" explotada. Y aún mucho más por el intenso y casi maternal afecto de la enamorada, convertida de médica en detective. Sin su abnegación —casi increíble en un ser de esta época— todo el saber de los psicoanalistas habría sido impotente y el paranoico hubiese dado con su complejo en la silla eléctrica. Lo que realmente triunfa, pues, en la película es la antiquísima virtud del amor, y no de una pasión cualquiera sino de un sentimiento capaz de transfigurarse por el sacrificio. Al lado de la enamorada y ardiente intuición de Cons-



tance, Brulov sólo manipulea bromuro en dosis "capaz de hacer dormir un caballo" y exhibe perfecto desprecio por el desdichado, a quien no desea más que entregar a la policía.

Por lo menos no se trata de hacernos creer en el "apostolado" de los psicoanalistas. Murchison, director de un reformatorio de anormales, y eminencia científica, comete un crimen nada más que para conservar su puesto. Dicho sea de paso ¡qué asombroso mundo de proclividad criminal acusan con frecuencia las películas yankis en aquella sociedad de descendientes de puritanos!... Ese sabio está pronto enseguida para matar otra persona si Constance no siguiera revelándose como el más astuto de los policías. Con todo, el manifiesto propósito de la vista es prestigiar el nuevo arte curativo, lo cual merece consideración aparte.

Lo que conocemos por civilización occidental es un proceso histórico en desarrollo desde hace veinticinco o treinta siglos, prescindiendo de la raíz hebraica. Todos cuantos creen que el curso del tiempo nos aleja realmente de aquellos orígenes se sorprenderían si propusiéramos esta equivalencia irónica: misterios de Samotracia = misterios de Democracia. Y sin embargo la exploración de eso que llaman el subconsciente, o lo "inconsciente" viene a parar en una forma de demonurgia como los ritos cabíricos, con la diferencia de que en éstos los adeptos obraban en forma consciente, tanto respecto a las entidades a que se dirigían como a los medios utilizados para el contacto. El psicoanalista, en cambio, hurga a ciegas un mundo de fuerzas infrahumanas con la única guía del método imaginado por el neurópata vienés, sobre la base de un crudo determinismo y de la negación del espíritu. En eso que Maritain llamó con razón "un mundo salvaje", no repetiré con Claparède que "los psicoanalistas andan como buhos de la psicología" sino más bien como ciegos en suelos desconocidos. Sus procedimientos no difieren mucho de los tanteos del espiritismo en las tinieblas de su trasmundo. Y eso mismo prueba hasta qué punto el hombre, al perder la noción de lo espiritual sugestionado por el materialismo, se ha privado de poder actuar con más señorío tanto frente a las realidades superiores como frente a las inferiores, cuya existencia se le viene demostrando desde Allan Kardec hasta Freud.

Más nuestros contemporáneos seguirán aferrados a la estúpida idea de que la ciencia ahuyenta la obscuridad y disipa los peligros donde quiera que penetre y que basta que un investigador aplique a la indagación de los trastornos de la mente un sistema aceptable en las universidades, para que sea innecesario averiguar si el sombrío plano en que se efectúan los experimentos no será vecino de los desacreditados infiernos en que creían los antiguos. Empero Freud mismo ha puesto "in capite libri" un signo inequívoco de su consciente obra subversiva. Que se nos diga, si no, cuál es el sentido del lema con que presenta "La interpretación de los sueños": "Acheronta movebo". Ya se sabe la frase que la irritaba diosa lanza al Olimpo: "Flectare si nequeo superos...". Pero el vienés no tiene nada que hacer con los celestes y nunca los ha invocado. Desde su juventud se familiarizó con el abismo y son las fuerzas del abismo las que quiere mover. Y esto a la faz de la democracia, en el momento más encumbrado del Progreso. El ha creado una especie de iniciación. "El psicoanalista —dice Constance— debe ser previamente psicoanalizado". Y es así. Ellos explican que es para evitar peligros de desórdenes nerviosos. Una cuestión se presenta espontáneamente al espíritu: Como la invención del método es cosa reciente ¿de dónde han sacado los primeros psicoanalistas los poderes que comunican a sus discípulos y por quién han podido ser "psicoanalizados" ellos al principio? Teniendo en cuenta el carácter innoble y repugnante de muchas de las interpretaciones de la escuela, a la que ha podido acusarse de pansexualismo, acaso esa iniciación se reduzca a una marca que comporte la pérdida de la dignidad humana, cristianamente concebida.

La cuestión tiene otro aspecto inquietante. El valor social de la confesión sacramental ha sido reconocido por psicólogos y sociólogos incrédulos, de buena fe, por sus notorios frutos de apaciguamiento moral, de recuperación de energías para el bien, de contención de las tendencias viciosas del ser humano, sin hablar de sus frutos trascendentales sólo comprensible dentro de la doctrina de la Iglesia. Abundan los testimonios de no católicos sobre esa materia y es conocido el impulso que ha llevado a varias confesiones disidentes a tratar de restablecer, siquiera sean las formas exteriores de ese verdadero "remedio" del alma. Para los desdichados que viven fuera de las fronteras de la Madre Iglesia, el psicoanálisis viene a ser un diabólico "ersatz" (1) de esa medicina de Cristo y, dada la progresiva ignorancia de las verdades esenciales que invade todos los estratos de nuestra sociedad, es de temer que concluya por haber creyentes que apelen a él sin averiguar cuál es su procedencia ni sus efectos sobre nuestra naturaleza.

El psicoanálisis tiene un aspecto equívoco que sugiere su semejante con la confesión sacramental, aun cuando no se presente expresamente como su reemplazante "científico" y no dudamos que ese efecto sea buscado deliberadamente, ya que como reza el adagio francés "le diable est singe de Dieu". Sumaremos, pues, este nuevo *adelanto* moderno al índice de los innumerables errores que han convertido a la antigua Cristiandad en lo que es hoy: un cuerpo en disgregación cuyos miembros se disputan las aves de rapiña y los necróforos, "perinde quasi cadaver".

La política debe incluir un capítulo para la policía de las costumbres. El pueblo tiene, entre sus muchos derechos, el de ser defendido en su salud moral, como lo es en sus necesidades materiales. Por desgracia, la ausencia de toda defensa es uno de los resultados, previstos sin duda, del triunfo de la idea de libertad. El "dejad hacer, dejad pasar", arrumbado como hipótesis económica por la violencia de las fuerzas históricas, impera en el terreno mil veces más importante de la moralidad y de las ideas. La consecuencia es que los pueblos, salvados en su vida física, son libre presa de todos los factores de disolución interna, aun de los más notoriamente destructivos.

D. M.

(1) Aun cuando no convenga en ello M. Maritain, que hace demasiadas concesiones al resentido vienés.

M I R I L L A

Todo el mundo se tapó las orejas y gran parte de la especie humana, a la cual, como decía Chesterton, tantos lectores de revistas pertenecen, se acordó por un momento del valle de Josafat. No había propiamente *temor*, pues es sabido que una irremediable desgracia colectiva abole eso que ha dado en llamarse "instinto de conservación". Ni *terror*, pues bien secretamente se desconfiaba un poco bastante del experimento y se confiaba en las fuertes espaldas del globo. Más bien *resignación* por tantas cosas raras que nos ha traído, y aún nos traerá, esta postguerra o pre-guerra, y *expectativa*, sí, matizada con una especie de sentimental curiosidad acerca de la suerte de las cabras y de las ratitas blancas que representaban nuestra común condición de mamíferos, sobre las moles de hierro amigas y ex enemigos de la humanidad— balanceándose pesadamente sobre la laguna interior del atolón de Bikini.

Pero ya todo pasó. La bomba atómica, "la estrella humana que tiene en sí la fuerza de los soles" y sobre cuya estructura se pintó el rostro de una verdadera estrella, la llamativa, exhuberante Rita Hayworth, fué lanzada, estalló, produjo su hongo y despedazó los átomos circunvecinos. Tranquilizó al ruso que tiene "otras energías", según dijo Molotov, divirtió al francés, encantado de sentirse "grandeˮ, no inmutó al inglés y respetó las cabras, aunque no a todas pues una de las que rumiaba en el acorazado Nevada, "pareció enferma", dos días después del hecho. Además hundió seis ligeros buques de guerra, averió a otros cuatro grandes —entre ellos el Nagato y el Pensacola— y dañó los cincuenta y tres restantes. La crónica señala, sin embargo, que no se sabe bien si el efecto fué de la bomba en sí o de los incendios de materias inflamables que llevaban los barcos y recalca, con divertida precisión, que el impacto se produjo cerca de la amplia popa del Pensacola.

Por su parte las ratitas —animal fisiológicamente igual al hombre, según la crónica— prisioneras en aviones robot y cruelmente embebidas en la propia deflagración del hongo, perecieron casi todas, cándidos testigos del experimento; lo que vendría a comprobar que los japoneses de Hiroshima y Nagasaki, murieron como ratas. (A propósito de estos animales, es ilustrativo recoger la noticia, que más parece sueño, de que en uno de esas impensables ciudades anglo-sajonas se realizó una peregrinación a un santuario para rogar por ellos en su trance atómico.)

•

Hiroshima y Nagasaki. ¿Qué habrá pasado allí? ¿Quién lo sabe de cierto? ¿Será verdad tanta propaganda o la ley del *mentir de las estrellas* se aplica también en esta *nova* humana?

Porque si es cierto lo que dice el almirante Blandy, en cable transcripto en col. 6, pág. 1 de "La Nación" del 3, que esta bomba era más fuerte que la que disolvió 80.000 japoneses en Hiroshima, ¿cómo compaginarlo con la supervivencia inmediata del ganado caprino, representante de la vida sobre el Nevada, *centro del blanco*, según informa el general Ramey, comandante de la fuerza aérea que tuvo a su cargo el espectáculo?

Una de tres: o la bomba tiene mucho de bombo, o los japoneses se han prestado a un cuento japonés, o las cabras son inmortales. Apuntamos tímidamente la posibilidad de que como en tantas cosas de la prudencia electiva hay que buscar *in medio veritas*.

No es posible dudar, en efecto, de que la famosa bomba sea hasta ahora la más tremenda fuerza de destrucción física de que el hombre dispone y rechazamos de

plano —por contraria a nuestra concepción del cosmos y a nuestra frecuente experiencia gastronómica— el tercer supuesto. ¿Cómo se explica, entonces, que una bomba *menos fuerte* que la de Hiroshima destruyó en esa ciudad 80.000 mamíferos y la de Bikini "parece" que sólo enferma a uno? [1].

Es osado y arbitrario, ya lo sabemos, colegir la sospecha señalada; pero desde la mirilla que nos deja acechar la crónica de diarios, que quepa la suspicacia de que el solapado y milenario nipón haya consentido en complicarse con las exageraciones del yanki para justificar su súbita rendición, en espera de mejores tiempos. No olvidemos que por ahora la realidad del Extremo Oriente es de vida o muerte ruso-japonesa y que los nipones están recibiendo un trato más bien suave del futuro presidente Mac Arthur, en forma que más parecen protegidos del apetito ruso que país conquistado a sangre y fuego.

CLEMENTE ESPEJO

(1) Después de escrita la nota nos enteramos de que el estado de salud de las cabras no es satisfactorio. Se dice que varios centenares de ellas sufren los efectos de la radioactividad. Si recordamos la descripción terrorífica de la mortandad que produjeron las bombas sobre el Japón, esa noticia no invalidaría la sospecha malévola. Pero si son tan tremendos los efectos retardados de la atómica, cabría preguntarse qué diferencia esencial hay entre usar semejante arma o emplear bombas químicas o bacteriales, cuyo uso fué solemne e hipócritamente prohibido en las pasadas guerras.



DE LA PASTORAL DEL OBISPO DE TUCUMAN

S. E. Mons. Agustín Barrere, Obispo de Tucumán, a vuelta de su visita "ad limina", y después de recorrer Italia y España, ha dado a conocer una carta pastoral, en la que describe el panorama angustioso que ofrece el mundo en la hora actual. Reproducimos algunos pasajes de dicho documento.

A ello se agrega la sangrienta y satánica persecución del catolicismo por el comunismo ateo, secundado por el enemigo secular de la Santa Iglesia, la masonería, cuya acción, oculta, sí, pero tesonera, la promueve y enardece por manos de sus adeptos o simpatizantes, a quienes encumbra en el gobierno de las naciones cristianas. Basta echar una mirada sobre éstas en el Viejo Mundo para cerciorarse del retroceso religioso que todas han sufrido, con excepción de España, Portugal e Irlanda, por haber ellas, con perseverancia heroica, cerrado el paso a los gobernantes sin Dios.

La situación política

¿Qué diremos de la situación política? La guerra en Europa terminó hace más de un año con la derrota total de las potencias del Eje. Sin embargo, la paz tan anhelada no reina aún, ni siquiera se vislumbra como próxima. Antes bien, en esta fecha, "la verdadera paz que responda a las necesidades y anhelos de la conciencia humana y cristiana" parece más lejana que nunca, a pesar de haberse multiplicado los esfuerzos, las discusiones y los intercambios de opiniones; aun los contactos directos entre los estadistas, en cuyas manos están los destinos del mundo. En vez de acercarse se aleja.

Lo expresa así el Padre Santo en el discurso que pronunciara recientemente en su onomástico ante el Colegio cardenalicio. Son del mismo las siguientes palabras:

"Mientras más conferencias internacionales se celebran, más son las dificultades que crecen y los obstáculos que se oponen al logro de las soluciones moralmente justificables. ¡Cuán prematura, como ilusoria, parece hoy la esperanza de que todos los hombres de responsabilidad, sin excepción, al conjuro de las lecciones sangrientas de la guerra, se mostrarían profundamente horrorizados ante todo género de despotismo y ante todo intento de dominar por la fuerza a otros pueblos!".

"Solamente por medio de una actitud recta y equitativa hacia los débiles, podrán los fuertes demostrar el sincero abandono del espíritu de dominación imperialista y de genuina adhesión a los principios de justicia. Pero mientras existan amenazas más o menos encubiertas de recurrir a la violencia o a la presión económica o política, que acallan la voz del derecho, debe admitirse francamente que el primer paso hacia una paz justa no ha sido dado todavía."

Adhesión de todos los hijos de la Iglesia

Este juicio sereno y gráfico de Su Santidad sobre el estado político del mundo, en especial de Europa, reclama la adhesión de todos los hijos de la Iglesia sin distinción y de todos los hombres a quienes la pasión o el interés no ciegan.

¡Qué desconcierto y qué martirio es esta postguerra para pueblos hambrientos de orden y de trabajo, impacientes por emprender la reconstrucción moral y material de sus hogares destruídos y de su vida nacional entorpecida, cuando no gravemente quebrantada, en todos sus organismos esenciales. Allí están marcando el paso en la espera de la decisión final de los así llamados "Grandes" y del reconocimiento de sus derechos; felices aun si elementos adversos a la unión de los corazones, cimiento de la paz y del progreso, no interponen sus actividades subversivas para impedir, o por lo menos obstaculizar, su pronta restauración.

¡Cuán amargo es el contraste entre la realidad actual y las esperanzas acariciadas al conjuro de tantas halagadoras promesas que resonaron en el fragor de las batallas para galvanizar a los soldados de la libertad de los pueblos, grandes y pequeños!

¡Qué espectáculo más doloroso e irritante se ofrece a los ojos de quien recorre la vieja Europa, la Carta del Atlántico en la mano, al contemplar a sendas naciones pacíficas, ayer independientes y prósperas, debatiéndose hoy bajo el yugo de un tirano que no respeta derecho alguno! Allí está la heroica Polonia, para cuya defensa se levantaron unidas las democracias del mundo, estremeciéndose impontente entre las garras de su secular y despiadado enemigo!

Acusación calumniosa

No sólo no hay paz, ni se han reparado injusticias que claman al cielo, sino que se desconocen y atropellan derechos evidentes de sendas naciones bajo la acusación, por demás calumniosa, de que sus gobiernos son totalitarios y, por ende, una amenaza por la paz de Europa. Nos referimos, lo adivináis, a España y a Portugal, a la primera particularmente. Si dejamos consignada aquí nuestra protesta consciente y formal es, no sólo porque semejante conducta es una flagrante y gravísima injusticia, sino también y sobre todo porque tales ataques van dirigidos contra naciones católicas, adalides en el pasado de nuestra Santa Religión, a cuyo apostolado se deben la civilización cristiana de todo el Continente centro y sudamericano, además de otros pueblos y, en el presente, sus celosos defensores dentro de sus respectivas fronteras y en sus colonias, sin imposición violenta a nadie.

¡Cuán doloroso es oír a hijos de la Santa Iglesia haciendo eco a quienes la atacan, aplaudiendo quizás las medidas coercitivas con que la amenazan naciones que no tienen una palabra de protesta contra el totalitarismo de la Unión Soviética, culpable de tantos crímenes, sino cuando ésta lesiona sus intereses!

¿No piensan aquellos que cooperan a una gravísima injusticia, de la que Dios les pedirá cuenta severa y que dan la mano a los enemigos del catolicismo para destruir su baluarte más auténtico?

No se excusen con decir que están sinceramente convencidos de que las acusaciones contra dicha Nación con justas. ¿Acaso ignoran que han sido refutadas repetidas veces por el Episcopado Español en Cartas pastorales colectivas y sendas declaraciones por los Soberanos Pontífices Pío XI, de feliz memoria, y Pío XII, gloriosamente reinante? La Cruzada militar por la liberación de su país contra el comunismo ateo y las fuerzas del mal a su servicio fué por ellos declarada legítima y bendecida; su triunfo celebrado como don singular de la divina Providencia y el gobierno del Caudillo —por otra parte transitorio— reconocido y ensalzado como necesario para restaurar las ruinas

morales y materiales tan ingentes causadas por la revolución roja y preparar la ascensión del gobierno definitivo.

Asalto despiadado al catolicismo

¿No es altamente vergonzoso e irritante que, no sólo individuos sino instituciones y aun naciones den su apoyo moral y material al seudo gobierno republicano español, que se ha constituído en el extranjero, y está integrado por hombres en gran parte responsables de los asesinatos en masa de obispos, sacerdotes, religiosos y seglares; incendios de tantas y tan hermosas catedrales y otras iglesias; de tantos Seminarios y casas religiosas y de tantos y tan ingentes robos?

¿Qué hombre sensato, sobre todo qué católico puede negarse a reconocer en esta campaña de injurias, calumnias y presiones de toda suerte contra la Madre Patria, un asalto despiadado al catolicismo del comunismo ruso y de la masonería? Todo ello en nombre de la libertad, de esa libertad de la cual aquella heroína de la Revolución Francesa decía al subir al cadalso: "¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se perpetran en tu nombre!".

Cómo se comprende que, frente a cuadro tan tétrico como el que ofrece el mundo actual, uno de los nuevos purpurados franceses, universalmente conocido por su valentía durante la guerra en denunciar y anatematizar todas las injusticias, condecorado por el gobierno de su país con la Cruz de la Liberación, haya estampado en su Carta pastoral de la última Cuaresma estas palabras candentes: "Estamos en plena revolución. Un mundo se derrumba... Se trabaja poco y mal. La mentira está organizada y dirigida. Existen heraldos de la injuria y de la calumnia que cumplen con oficio tan vil en la prensa, en la radio, por la palabra, por la pluma, también por el silencio".

"El nazismo ahora se llama democracia: procedimientos idénticos; idénticas injusticias; idénticas crueldades; idénticas mentiras, idéntico desprecio de la persona humana. Se dice que el objetivo es diverso; pero es olvida que todas las tiranías, todas las dictaduras surgen en la sangre y reinan en el terror".

Una nueva y más espantosa guerra

Tal es el panorama desconsolador del mundo en la presente hora, con el espectro horrendo que asoma al horizonte de una nueva y más espantosa guerra: pueblos oprimidos; sectores crecidos de población pacífica deportados; cientos de miles de prisioneros alejados aún de sus hogares; persecución abierta o solapada a la Iglesia; propaganda subversiva y calumniosa que siembra el desconcierto, el engaño y el odio; ambiciones insaciables; egoísmos encontrados; doquiera intranquilidad, penurias sin nombre y hambre, a pesar de los esfuerzos de las naciones unidas para remediarla.

¡Cuán distinto es el panorama que ofrece la Santa Iglesia! Contempladla: heraldo incontenible de la verdad frente al error y a la mentira; sembradora incansable de amor frente a los rencores y al odio; pregonera insistente de olvido y perdón frente a tantos crímenes e injusticias; madre amorosa, movilizadora sin descanso de la caridad de sus hijos esparcidos por el mundo para salvar la vida de tantos hombres, niños en crecido número, a quienes acosa el hambre y el frío; dulce consoladora de tantos y tantos afligidos que lloran por la muerte, el destierro y las enfermedades de sus seres queridos.

A todos, propios y extraños, va infundiendo confianza y valor frente a las desgracias del presente y a las inquietudes del porvenir: Les recuerda la consigna de su divino Fundador: "No temáis; tened buen ánimo; Yo he vencido al mundo. *"Confidite; Ego vici mundum"* (Jo. 16, 23). A todos, frente a la fiebre que roe a la humanidad, fiebre de conquistas, de dominación, de riquezas, de placeres, pregona incesantemente, oportuna e importunamente, el código de salvación eterna promulgado solemnemente por Jesucristo y al que, so pena de malograrla, todos han de ceñir sus actos, no un día sino toda la vida: *"Buscad el Reino de Dios y su justicia, lo demás os será dado por añadidura"* (Math, 6, 33). Lo demás son los bienes de la tierra que el Señor no niega a nadie, cuando le son necesarios, útiles o simplemente placenteros, con tal que no se opongan a ese reino de la gracia en nuestras almas, que es el garante indispensable de la gloria del cielo, nuestra patria verdadera y permanente.

¡Qué gesto este de S. S. Pío XII! ¡Qué lección para los estadistas que tienen en sus manos la suerte de la humanidad de mañana! Cuando las Conferencias fracasan una tras otra; que la desconfianza cunde en todas las naciones; que los "Grandes" se disputan el dominio del mundo; que se arroja en el surco de la vida internacional la semilla de todos los rencores y odios que engendran nuevas hecatombes, el Vicario de Jesucristo, divinamente inspirado, llama al seno del Colegio cardenalicio a sendos representantes de las naciones ayer en guerra, sin esperar que la paz entre ellas se haya firmado; los congrega en su augusta presencia y allí todos ellos, a la faz del cielo y de la tierra, se dan el ósculo de paz, sin presiones ni reticencias, obedeciendo al postulado evangélico: *"Amaos unos a otros, como Yo os he amado"*.

L E C T U R A S

REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS

Acaba de llegar de Madrid el volumen XIV de la Revista de Estudios Políticos que dirige don Fernando María Castiella. Se trata evidentemente de uno de los tantos exponentes del florecimiento de la vida intelectual de esa España que parecería entrar en una nueva edad de Oro, reflejo de la grandeza de los esforzados paladines que han sabido levantarla por encima de las naciones contemporáneas a tal punto que en sus satánicos concilios los "grandes" de este mundo la han proscripto como réproba y maldita.

Se inicia el volumen con un artículo de José Corts Grau sobre el "Sentido Español de la Democracia" en el que señala cuál es la auténtica orientación de la Revolución Nacional y la profunda significación cristiana de la política dirigida por el Caudillo, tan difícil de comprender para los herejes confesados o encubiertos que, hoy como ayer, oscilan "entre la rebeldía racionalista y las nostalgias líricas del Paraíso perdido". A continuación publícase un estudio de Federico Suárez Verdaguer sobre "La formación de la doctrina política del Carlismo" que, aparte de su interés histórico, tiene para nosotros un particular valor, pues a quien conozca el desarrollo de las luchas políticas americanas, sugerirá una notabilísima serie de sincronismos y coincidencias que muestra la común raigambre de los trastornos ocurridos en la Península y en las Indias, y el curioso fenómeno de cómo allí igual que aquí asambleístas promulgaban en nombre del pueblo cuando éste combatía a precio de su sangre. Síguele un tercer artículo sobre "Luis Vives, Enrique VIII y la Paz de Europa", de Lorenzo Riber, que al par del concienzudo pacifismo de Vives muestra la magnanimidad del César Carlos, ínclito vencedor de entonces (y cuya figura alcanza dimensiones sublimes cuando se piensa en los triunfadores de nuestro tiempo), y sugiere también la amarga reflexión de que los acontecimientos de hoy más que las medidas quejas de Vives exigirían, todas juntas, las lamentaciones del Profeta Jeremías.

En la sección de "Notas", don Ernesto Giménez Caballero se ocupa del "Genio de Castilla" con dos pequeños ensayos sobre el origen Cántabro de Castilla y sobre Menéndez y Pelayo; y don Francisco Elías de Tejada escribe a propósito de Diego López Rebelo, nuestro más antiguo tratadista de Derecho Político. En la sección "Mundo Hispánico" hay un artículo de Virgilio Sampognaro sobre el Tratado de Madrid de 1750 que tanta importancia tuvo para el Río de la Plata; un suelto de Alfonso Junco, en que bajo el título de "Símbolo de la Tragedia" se ocupa del gran Iturbide, y una breve "Interpretación de las luchas políticas de Hispano-América" escrita por Rafael Paniagua Rivas, quien acertadamente acepta la opinión de que "la guerra de la emancipación fué la primera de nuestras guerras civiles". Luego viene la habitual serie de crónicas nacionales e internacionales, escritas con la acostumbrada agudeza y entre las cuales no falta una inteligente referencia de nuestra última elección presidencial. Con numerosas recensiones de libros y una imponente revista de las revistas de Europa y América se cierra el nutrido material del volumen.

Pero hay más. Anexo al número comentado nos ha llegado un cuaderno suplementario sobre "estudios africanos". Varios artículos, que sería largo comentar, sobre los problemas suscitados por el mundo berberisco y una nutrida reseña de los libros y las publicaciones, tanto españolas como extranjeras, que se han ocupado del punto, ofrecen al lector un amplio panorama del Marruecos que España ha recibido la misión de evangelizar. Parecería quizás que para nosotros la "cuestión" marroquí carecería de interés, pero si bien se mira (y aparte de que nada puede escapar a la catolicidad) Africa ha sido tantas veces reducto de infieles y de piratas, o cabeza de puente para sojuzgar a la Europa civilizada, que ya es tiempo de ocuparse seriamente de ella.

BOANERGES.

DOMINGO E. TALADRIZ, San Juan 3875, Bs. As.